

siste en viajar. Ya que no de tejas abajo, de tejas arriba. A esto algunos le llaman pesimismo, cuando es sencillamente humanismo, «aceituna madura», «cumbre remontada», «muerte esculpida». ¿Por qué ni para qué ha de creer el viejo lo que el joven? ¿Cómo puede juzgar lo mismo quien ignora las intenciones que quien las penetra?

Un poco teatralmente, como en bastantes cosas, rechaza el principesco Goethe la conmiseración del joven al viejo: «¿Es que la rama—dice—querría volver a ser raíz?» Aparte de la afectación, hay mucho de verdad biológica en ello. El anciano no es pesimista porque le falte juventud, sino porque le sobra conocimiento de la vida. Conociendo la vida como suelen conocerla los viejos, la juventud, lejos de ser un talismán, sería una carga.

El tópico de la vejez pesimista persistirá entre las supersticiones filosóficas y la ramplona devoción de novelistas y dramaturgos. Pero el Zodiaco en sus estaciones y el Hombre en sus edades, son testigos harto elocuentes.

¿Será pesimista Cajal porque hable de la ingratitud? ¿Ni porque desconfíe de la amistad desinteresada? ¿Ni porque lapide al adulator?

«O se tienen muchas ideas y pocos amigos, o muchos amigos y pocas ideas». ¿Es esto, acaso, pesimismo? ¿Es, siquiera, ironía? ¡Quiá! Esto es el manso aliento, el suspiro tenue de un espíritu trabajado...

«La amistad repugna la pobreza, como la flor la oscuridad». «Nos quejamos de los amigos, porque exigimos de ellos más de lo que pueden dar». ¿No recordáis las distinciones del «Enchiridión»? «Hay cosas que dependen de ti, y cosas que dependen de los demás. Atente a ello».

«De todas las reacciones posibles ante una injuria, la más cómoda y hábil es el silencio». ¿No parece esta máxima un versillo de Job, adaptado a la prosa contemporánea?

Sobre el amor y las mujeres, el filósofo va guiado del lazarillo Ciencia. «Aun en el dúo del amor representamos meras delegaciones de la especie, que es, en fin de cuentas, la gran enamorada». Se dirá que esto huele a Schopenhauer; pero debe añadirse que también tiene perfume a «Génesis», el clavel de «Creced y multiplicaos».

¿Se quiere una sentencia idealista? «La mujer es como la mochila en el combate. Sin ella, se pelea con desembarazo. Pero ¿y al acabar?» Diríase una estrofa de Shelley, militarizada por Víctor Hugo.

El histólogo asoma su materialismo afirmando «que el beso no es para el científico sino un intercambio de microbios bucales». Chamfort no era científico, sino periodista, y ya sen-

tenció que el amor es «el contacto de dos epidermis».

En cuanto al feminismo, Cajal no llega a los desdenes científicos de Moebius, ni tampoco a las exaltaciones societarias de Spencer. Tal vez cree, con Nietzsche, que «el problema de la mujer se llama maternidad».

Esos temas que aguardan al filósofo, como la esfinge al caminante, para devorarlo, y que se llaman Muerte, Inmortalidad y Gloria, son afrontados por Cajal con serenidad socrática. Para él, la vida es un deber intransferible.

«El deseo de morir—escribe—, cuando no se funda sino en heridas de amor propio, revela absoluta carencia de altruismo. Es confesar que no se ama a nadie y que ni la Patria ni la familia merecen esfuerzos ni sacrificios».

Este sentido militante de la vida, ni buscada ni excusada, unge de reli-

giosidad la doctrina católica y satura de humanismo el libro de Cajal.

En cuanto a la inmortalidad: «Sólo nos satisface—expone—la integral, es decir, la continuidad del alma y el cuerpo, porque es la única que salva la personalidad, esto es, la construcción específica del cerebro individual, con todas sus ruindades, miserias y limitaciones».

Esta definición, como las respuestas ambiguas de la Pythia, parece una evasiva más que un juicio. El camino de Tebas del «Más allá» no es enfocado por la lente del microscopio. Cajal, con sus cuarenta años de manejar neuronas, fuentes de vida, no resiste cuarenta minutos la investigación del Gran Misterio.

¿Materialista? ¿Espiritualista? Esa «inmortalidad integral» es como la Esfinge del libro. Hay que huirla, porque devora.

(La Esfera, Madrid).

## FEBRERO Y LOS POETAS

MANUEL GUTIÉRREZ NAJERA, EL HUMORISTA

POR LUIS G. URBINA

**E**STE mes de febrero es implacable. Me da miedo verle llegar. ¡Y con razón! Le he visto llevarse mis poetas, a mis amigos, a muchos altos y nobles ingenios; arrancarlos de la vida, como el viento despoja los troncos ateridos, y echarlos sin piedad en el curso tenebroso de la muerte.

En este mes tristón, indeciso, que tiene mañanas presentidoras de la primavera, tardes de plata invernal, y noches de soplos fríos y neblinas amarillentas, la fatalidad ha puesto su dedo misterioso sobre algunas serenas y pensativas frentes que soñaban en la belleza. Me vienen, al azar, nombres bien maduros y fechas dolorosas.

El maestro Altamirano murió en febrero. Murió frente al mar azul,

bajo las amigas palmeras de la costa mediterránea. Aquel gran indio, debe de haber tenido ante sus ojos semiapagados, no aquel risueño pasaje extranjero que la realidad le presentaba, sino la visión de sus montañas surianas, de sus valles apretados de verduras, de sus ríos diáfanos y centelleantes, de sus manglares esmeraldinos, y sus fragantes naranjos decorados de bolas de oro, de su cálida y lujuriosa tierra, que dió al espíritu del poeta, tanto vigor, tanta sensualidad, tanta luminosidad...

Pepe Bustillos, extinguió la llama de su juventud, en un helado y despacible día de febrero. En la ciudad de Toluca, en una cama de hospital rodeado de unos cuantos camaradas, dejó de latir aquel hermoso corazón de muchacho, aquella ánfora de bondad y de amor que el infantil bardo llevaba siempre entre las manos, y entregaba a todos, entre besos y risas, como en una jovial y loca dádiva. Era Bustillos una promesa de genio. Nadie, en su tiempo tuvo, como él, tan clara y fácil la inspiración, ni tan hondo y espontáneo el sentimiento de la forma.

En una noche de febrero murió MICROS, el regocijado costumbrista cuyo humorismo espolvoreado de blanca sal, espejeaba como una playa al sol. La ternura y la ironía se habían mezclado en aquella alma límpida, como dos delicados vinos en una copa de cristal. La obra de Angel de Cam-

### EL CONVIVIO DE LOS NIÑOS

#### PUBLICADOS:

<i>Cuentos a Sonny.</i> Por Santiago Pérez Triana.....	0.25 ars am.
<i>Tardes de Invierno.</i> Por F. Pi y Margall.....	0.25 » »
<i>Florilegio.</i> Por diversos autores.....	0.25 » »
<i>La Edad de Oro.</i> Por José Martí. Dos tomos. Cada uno.....	0.50 » »

#### EN PRENSA:

<i>Los Cuentos de mi Tía Panchita.</i> Por Carmen Lira. Edición aumentada.
<i>Aventuras de Pinoquio.</i> Por C. Colodi.

Pedidos al Admor. del REPERTORIO